

La tarea cultural del intelectual cristiano en la España de hoy

ALFONSO LOPEZ QUINTAS

*Catedrático de Filosofía
en la Universidad Complutense*

El intelectual católico se halla hoy ante una gran tarea: contribuir eficazmente a configurar la nueva forma de humanismo que viene añorándose y perfilándose desde la primera guerra mundial. Esta hecatombe provocó en el hombre occidental, y muy singularmente en el europeo, una grave crisis interior. En la década del 20 al 30 se alzó en el corazón de Europa, como un clamor, la exigencia de cambiar el estilo de pensar y la orientación de la vida. Cientos de autores bien dotados consagraron su talento a mostrar que algo había fallado en la Edad Moderna: la ilusión de pensar que el aumento de saber y de poder da lugar a una medida correlativa de felicidad. Millones de jóvenes inocentes hubieron de pagar al precio de sus vidas este error de sus mayores.

Ciertas corrientes filosóficas, entre ellas el *pensamiento dialógico*, mostraron con claridad que el cambio propugnado debía consistir en sustituir la actitud de *egoísmo* por la *generosidad*. Martin Buber, pensador inspirado en la Religión de la Alianza, lo expresó de forma pregnante en las sentencias de su densa y luminosa obra *Yo y tú*: «El que dice al otro tú no posee nada, no tiene nada, pero está en relación»¹. La categoría de *relación*

¹ Cf. *Ich und Du*, en *Schriften über das dialogische Prinzip*, L. Schneider, Heidelberg, 1954, p. 8.

adquiere un rango muy elevado cuando el hombre adopta una actitud básica de apertura generosa a los demás.

El mensaje de estas corrientes de pensamiento no fue asumido por la sociedad y sus gobernantes. Y sobrevino la segunda guerra mundial. Su catálogo de horrores conmovió los espíritus, pero no logró suscitar el cambio de mentalidad y de actitud. Ello explica que la posguerra de 1945 haya estado marcada por la zozobra de la guerra fría y el sobresalto de múltiples conflictos locales.

Si estudiamos a fondo la época actual, descubrimos en ella la misma situación de crisis que siguió a la primera gran guerra. Reina el desconcierto en las ideas, la apatía en los espíritus, la inseguridad en las conductas. El ideal que orienta la existencia de hombres y sociedades sigue siendo el viejo lema de «saber para prever, prever para poder». Hoy día el hombre se siente dueño de parcelas inmensas de poder y las orienta, como antaño, al aumento del dominio y el disfrute.

Un padre o una madre de familia dice a su hijo: «Tienes que aplicarte al estudio para hacer una buena carrera, situarte bien, gozar de una buena posición». Estos padres tienen, sin duda, buena voluntad al dar este consejo, pero con él orientan al joven hacia el viejo ideal del tener, dominar y disfrutar; un ideal en el que ellos mismos no pueden ya creer, pues las amargas experiencias de este siglo han dejado en claro que tiene un fallo fundamental.

Esta incoherencia de orientar a las nuevas generaciones hacia un ideal que uno mismo no puede aceptar sinceramente como meta de la vida está invalidando en buena medida la tarea formativa y cultural que se lleva a cabo en la actualidad.

EL CAMINO A SEGUIR

Las consecuencias de tal invalidación son alarmantes. De día en día crece el número de quienes lamentan el bajo voltaje es-

piritual de nuestra sociedad y piden un «rearme ético». En Estados Unidos, la prestigiosa universidad de Harvard está realizando un costoso plan de formación ética de sus profesores y alumnos a fin de que éstos, en un futuro próximo, puedan contribuir a evitar lo que algunos ya denominan el «colapso moral» de la sociedad contemporánea.

También entre nosotros cunde la preocupación ante el descenramiento que se está operando en las mentes y costumbres. «Pese a todo —escribe el periodista Ramón Pi—, a pesar de todos los pesares, subsisten hoy en España algunos reducidos núcleos de personas e instituciones que no han renunciado a la higiene cívica de asombrarse ante lo asombroso e indignarse ante lo indignante, por estrafalaria que parezca esta manera de comportarse. Y en esos núcleos socialmente higiénicos se aprecia un consenso creciente en torno a una consideración, a saber: la regeneración de la sociedad española no habrá de venir como consecuencia de unas elecciones, sino como consecuencia de una paciente labor ideológica, social, cultural y cívica. Por decirlo en términos edafológicos, parece necesario devolver al suelo su riqueza en minerales antes de plantar árboles»².

Otro prestigioso periodista y catedrático de la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense, Alejandro Muñoz Alonso, lamenta que esa «paciente labor» esté lejos de haberse realizado. «La pereza mental, la indolencia intelectual, han seguido siendo, desgraciadamente, rasgos distintivos de nuestro paisaje ideológico (...). No se ha producido el gran debate capaz de adaptar las nuevas ideas a la situación de nuestro país, sensibilizando primero a los líderes de opinión y después a la generalidad de la opinión pública. (...) Aunque muchos en esta era de la televisión no lo crean, sigue siendo verdad que las ideas gobiernan o des gobiernan el mundo»³.

Con objeto de formar líderes de opinión y clarificar las ideas básicas, diversos grupos sociales han elaborado planes de formación intelectual y espiritual. Entre los católicos, estos planes

² *Epoca* n.º 73, 1986, p. 23.

³ Cf. *ABC*, 23 julio 1986.

reciben su sentido y su impulso del noble empeño del Sumo Pontífice de promover una gran movilización de los espíritus y una reevangelización del mundo actual.

Ya Pablo VI había señalado certeramente que la nueva evangelización ha de realizarse de forma radical, a fin de cambiar «con la fuerza del Evangelio los criterios, los valores determinantes, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación». Lo que importa es «evangelizar no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta las raíces»⁴.

En esta línea, el actual Sumo Pontífice, Juan Pablo II, destaca que la reevangelización que hoy se impone ha de consistir en instaurar una «civilización del amor»⁵.

Al determinar, en forma concreta, cómo realizar esta forma de civilización, diversas Conferencias episcopales han subrayado que ello implica una «reevangelización de la cultura»⁶. Para llevarla a cabo, se destaca la necesidad de formar agentes multiplicadores, formadores que pongan en juego métodos eficaces para entusiasmar a las gentes con los valores del Reino de Dios⁷, y superar la apatía causada por el agnosticismo secularista y la ola de amoralismo que anega hoy la sociedad»⁸. La labor de estos formadores ha de dirigirse preferentemente a los jóvenes, a quienes el Santo Padre considera «protagonistas activos» de la misión de la Iglesia⁹. En la conferencia de Puebla, los obispos hispanoamericanos hicieron una opción preferen-

⁴ Cf. *Evangelii nuntiandi*, 20.

⁵ Cf. *Alocución al CELAM*, Haití, 9.3.1983.

⁶ Véase, por ejemplo, el folleto *Nueva evangelización para Chile. Orientaciones pastorales 1991-1994*. Santiago de Chile, 1991, p. 42.

⁷ Cf. *O. cit.*, pp. 67, 68, 70.

⁸ Cf. *O. cit.*, p. 70.

⁹ Cf. *Mensaje a los jóvenes con ocasión de la V Jornada Mundial de la Juventud*, Domingo de Ramos, 1990.

cial por los jóvenes, al ver en ellos «un verdadero potencial para el presente y el futuro de la evangelización»¹⁰.

LA REALIZACION CONCRETA Y EFECTIVA DE ESTOS PLANES

Al meditar a fondo esta clase de escritos programáticos, en su mayoría desbordantes de buenas intenciones y bien orientados, nos asalta una perplejidad: ¿Cómo realizar de hecho los propósitos que en ellos se enuncian y recomiendan? Todos hemos leído y analizado decenas de planes y programas en los que se insta vivamente a los educadores a formar a niños y jóvenes en los valores y para la creatividad. Pero no nos ofrecen claves certeras para conseguir tan laudable meta.

Ha llegado el momento de hacerlo. Y para ello se requiere un estudio muy profundo de dos tipos de arte: 1) el arte de pensar con rigor, 2) el arte de vivir de forma creativa en todos los órdenes de la vida.

El estudio ha de ser muy profundo porque actualmente los que creemos en los grandes valores de la vida no tendremos la menor posibilidad de entusiasmar con ellos a las gentes, sobre todo a los jóvenes, si nos movemos en niveles superficiales. Estos son terreno propicio para realizar toda suerte de manipulaciones con el lenguaje y arrastrar a los pueblos al cultivo de las experiencias de *vértigo*, que ciegan para los valores más altos¹¹. Estos sólo revelan su hondura y su fecundidad al que se esfuerza por penetrar en el sentido más hondo de los acontecimientos que tejen la vida humana.

Tal labor de penetración no puede realizarse en un curso o curso acerca de educación en valores o de formación para la creatividad. Se requiere toda una escuela que enseñe de forma lenta y sistemática a pensar con el debido rigor y a descubrir las

¹⁰ Cf. *Puebla*, 1186.

¹¹ Esta idea está expuesta ampliamente en mis obras: *Vértigo y éxtasis*, PPC, Madrid, 1987; *El conocimiento de los valores*, Verbo Divino, Estella, 1989.

diversas posibilidades creativas que se le abren al hombre en las diversas vertientes de su vida.

Pensar con rigor es un arte y sólo puede aprenderlo el que se ejercita esforzadamente en él bajo la dirección de un maestro experimentado. Te digo una frase. ¿Sabes indicarme al momento en qué nivel de la realidad se mueve? Ortega y Gasset escribe en una ocasión: «Tu dolor de muelas sólo a ti puede dolerte. Cada vida humana se halla confinada en una soledad inevitable». ¿Sabrías decir a qué nivel de la realidad se refieren cada una de esas frases? Si estás en disposición de advertir: 1) que el dolor de muelas se da en el plano *biológico* —en el cual obviamente cada organismo es un mundo aparte—; 2) que la vida humana abarca no sólo el aspecto biológico sino también el personal creativo, y 3) que no es lícito saltar del primer nivel al segundo, sabes pensar con rigor.

Una hija se queja ante su madre de las dificultades que está encontrando en la vida de matrimonio. La madre, que no vio la boda con buenos ojos, se limita a comentar: «Hija, ¿te has casado? Ahora te aguantas». ¿Sabe pensar con rigor esta señora? Evidentemente no, porque confunde la *fidelidad* con el mero *aguante*. Al instar a su hija a aguantar, la invita a rebajarse al nivel de los muros y las columnas. Pero una persona debe mantenerse en un nivel más elevado: el de la *creatividad*. Al prometer crear un hogar, la joven no se comprometió a tener aguante sencillamente, sino a ser *fiel*, a ir creando cada día y cada hora una vida hogareña.

Pensar con rigor implica comprender a fondo lo que son e implican los principales acontecimientos humanos: amor y odio, lealtad y perfidia, resentimiento y agradecimiento, arrepentimiento y contumacia... Poned unos sesenta pares de términos como éstos a continuación y decidme si sabrías explicar con precisión el *significado* de todos ellos y los diversos *sentidos* que adquieren en los diferentes contextos de la vida. Beber unos vasos de vino tiene un significado fijo, pero puede significar en un contexto la entrega a un proceso de vértigo, y en otro, la realización de un proceso de éxtasis, que es polarmente opuesto.

Este conocimiento profundo de acontecimientos, conceptos y términos no es suficiente para dominar el arte de pensar con rigor. Este comienza a ser poseído cuando se acierta a descubrir los vínculos soterrados que existen entre tales términos, conceptos y acontecimientos. Tú sabes, más o menos, qué significa *ser egoísta* y qué implica *hallarse triste*. ¿Podrías indicarme qué relación se da entre esta forma de hallarse y aquella forma de ser? En su *Diario íntimo*, escrito como mero desahogo privado, Unamuno confiesa lo siguiente:

«... Es poco pura esta constante preocupación mía por mi propio fin y destino. Es tal vez una forma aguda de egotismo. En vez de buscarme en Dios, busco a Dios en mí». «Ya no volveré a gozar de alegría, lo preveo. Me queda la tristeza por lote mientras viva»¹². Unamuno intuye que entre el egoísmo y la tristeza se da un nexa causal. ¿Cómo se realiza el paso de lo uno a lo otro? Saberlo con precisión es pensar con rigor.

Sin duda, tú has oído hablar, por una parte, del ideal de la vida humana, de nuestra vocación y misión, y, por otra, de la actitud del hombre ante la existencia, de su vida intelectual, de la necesidad de practicar las virtudes, de cultivar la sensibilidad para los valores, de tener iniciativa y dinamismo para desarrollar la personalidad y otros temas semejantes. Si piensas con rigor, sabrás vincular entre sí ambos grupos de temas y descubrirás algo decisivo para tu vida: que *el ideal lo decide todo, y, cambiado el ideal, se cambia todo*.

COMO REALIZAR EL CAMBIO HACIA UNA VIDA AUTENTICA

Hoy se pide un cambio hacia una vida humana más auténtica, de mayor calidad ética. Ese cambio no se puede realizar por partes. Sería una técnica de parcheo inútil. Ha de ser abordado de raíz, realizando el giro que lo decide todo.

¹² Cf. *O. cit.*, Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 123.

El giro decisivo es el que afecta al ideal que orienta nuestra vida. Un *ideal* no es una *mera idea*, es una *idea motriz*, que impulsa toda nuestra existencia. Esa idea es motriz porque encarna un *valor eminente* que constituye para nosotros una *meta*. Esta meta que nos proponemos conseguir en el *futuro* gravita en todo momento sobre nuestro *presente* y orienta nuestro obrar. Pero ¿hacia dónde nos orienta? Puede conducirnos hacia la creatividad, la unidad y la solidaridad. En tal caso, dota a nuestra existencia de *pleno sentido*. Puede, por el contrario, lanzarnos hacia el afán de dominio egoísta. Con ello nos priva de sentido y nos despeña por la pendiente del *absurdo*.

Se preguntará sin duda el lector por qué el hombre que adopta como ideal en la vida el crear las formas más altas de unidad colma su existencia de sentido. Hace bien en cuestionarlo, porque la elección de ideal es decisiva y no debe realizarse de forma arbitraria. Si yo propusiera el ideal de la unidad y solidaridad por el mero hecho de que responde a mi gusto o inclinación personal, ese ideal no sería vinculante para los demás. Afortunadamente no es así. Yo concedo la primacía a dicho ideal por estar convencido de que *es el más adecuado a las exigencias de mi realidad personal*. La realidad es la que manda, no nuestros gustos particulares. Y hoy sabemos, por la ciencia biológica más reciente y cualificada, que el hombre es un «ser de encuentro», un ser que se constituye, desarrolla y perfecciona creando relaciones de encuentro con las realidades del entorno.

El encuentro no es mera yuxtaposición. Es el entreveramiento de dos realidades que tienen cierto poder de iniciativa porque pueden ofrecerse mutuamente posibilidades de acción y recibir las que les son ofrecidas. Yo tengo posibilidades en orden a clarificar un tema. Tú dispones de otras. Yo te ofrezco las mías, y tú las recibes activamente, ofreciéndome las tuyas. Este ofrecimiento y recepción mutuos constituyen un *entreveramiento de dos ámbitos de realidad*. Un «ámbito de realidad» es una realidad abierta a la colaboración, capaz de fundar relaciones fecundas. El encuentro puede, por tanto, definirse como «el entreveramiento de dos o más ámbitos de realidad».

Este entreveramiento hay que *crearlo*; no viene dado con el mero recurso de movilizar un instinto. Pero la creatividad es *dual*, exige el concurso de dos realidades al menos. Si quiero ser creativo, debo entrar en relación con otras realidades y recibir activamente, colaboradoramente, las posibilidades que ellas me ofrecen. Contra esta exigencia de la creatividad nos rebelamos cuando somos egoístas y nos clausuramos en nuestra soledad. Al hacerlo, actuamos a contrapelo de nuestro ser y lo falseamos, pues, como bien escribió el poeta inglés John Donne, «los hombres no son islas». El que se empeña en vivir como si lo fuera y se aísla hoscamente se lanza por la vía del vértigo y se entrega a la destrucción. El que se abre a los demás generosamente se adentra por la vía del éxtasis, que lleva su ser a plenitud. El ideal del aislamiento egoísta bloquea al hombre y lo asfixia. El ideal de la entrega oblativa lo eleva a su cota más alta de perfección.

He aquí cómo *el cambio de ideal lo cambia todo*. Si el ideal de nuestra vida consiste en fundar los modos más altos de unidad, todo en nuestra existencia se transforma, se orienta hacia la plenitud de nuestro ser personal, se pone en verdad, cobra sentido, se orla de belleza.

ASPECTOS DEL HOMBRE QUE SE TRANSFORMAN AL ADOPTAR EL IDEAL DE LA UNIDAD

1. *La actitud fundamental*. Tomar como ideal la fundación de modos elevados de unidad significa en primer término cambiar la *actitud fundamental* ante cuanto nos rodea. En vez de dominar, se respeta; en lugar de reducir el valor de las personas, se lo mantiene y fomenta. Mi meta ya no será tenerte a mi merced, como medio para mis fines, sino reconocer tu autonomía personal que te permite ser un posible colaborador en mi vida.

2. *La conducta*. Al cambiar mi actitud básica, se altera toda mi *conducta*. Al no intentar dominarte, sino colaborar contigo, no me dirijo a ti con altanería, sino con sencillez; no me cierro

en la soledad de mi egoísmo; me abro a tu vida con generosidad de espíritu y con agradecimiento. Esta apertura generosa y agradecida a lo que me rodea me lleva a estar a la escucha de cuantos valores me inviten a asumirlos en mi vida. Este atento escuchar hace posible dar una *respuesta positiva* y hacerse en rigor «responsable». La persona que sabe responder a la invitación de un valor se hace *responsable de* las consecuencias de tal respuesta. El que no responde a los valores es un *irresponsable*.

La responsabilidad, así entendida, implica disposición al *sacrificio*, porque lo valioso sólo puede ser asumido en su vida por quien cumple determinadas exigencias, que en el fondo implican una actitud de generosidad. Haber perdido el sentido del sacrificio debe ser considerado como una de las mayores calamidades del siglo XX. Desde hace dos siglos se viene interpretando todo sacrificio como una *represión* y una amputación del verdadero ser del hombre. Es éste un error que puede destruir de raíz la vida del espíritu. Tanto más necesario es subrayar que todo sacrificio implica una *jerarquización de dos o más valores*. No supone, por tanto, una pérdida, sino el ascenso a un nivel superior de realización. Saber distinguir lúcidamente los diversos valores y conceder la primacía a los más elevados constituye el núcleo de la virtud humana de la responsabilidad.

3. *El poder de iniciativa*. Al cambiar el ideal, adopto una conducta responsable. Este cambio de conducta me hace pasar de una posición indolente, pasiva, incomprometida, a otra activa, emprendedora, desbordante de iniciativas, porque, al tornarme respetuoso y disponible para lo valioso, puedo *encontrarme* con cuanto encierra valor: personas, comunidades, lenguaje, instituciones, obras culturales, paisaje, etc. Mi vida, con ello, se dinamiza, adquiere vigor, ya que el encuentro es fuente de energía, decisión, sentido, belleza y luz.

4. *La jerarquización de los valores*. Esta luz me permite ordenar debidamente mi escala de valores. En adelante, el valor que orientará mi vida no será el logro de gratificaciones fáciles, goces inmediatos y fugaces, sino el *ascenso a lo mejor de mí*

mismo, ascenso que se da al crear modos valiosos de unidad. El mayor empeño de mi existencia consistirá en *jerarquizar los valores*. Lo agradable es un valor, ciertamente, pero no el más alto; para tener pleno sentido, debe ser integrado en el proceso de realización personal.

5. *La idea relacional de la realidad*. Al cambiar mi idea del rango de los valores, *cambia mi idea de la realidad*. Este cambio es decisivo para mi desarrollo como persona. Si el *encontrarse* con una realidad encierra un valor mucho más elevado que el *dominarla*, pondré singular empeño en descubrir las condiciones del encuentro, y veré con toda nitidez que éste sólo es posible entre «ámbitos», no entre objetos.

Una persona es un *ámbito*, no un mero objeto. Es, como los objetos, delimitable, asible, pesable... Pero no se reduce a objeto, porque supera la delimitación corpórea. Con una cinta métrica puedo medir lo que tú abarcas de alto y ancho, pero lo que abarcas como persona no puedo medirlo. En el aspecto afectivo, estético, ético, religioso, profesional, ¿adónde llega tu radio de acción? Ni siquiera tú mismo podrías determinarlo de modo preciso. El hombre abarca cierto campo, es un *ámbito de realidad*. Por eso puede entreverarse con otros hombres y fundar encuentros.

Pero no sólo con otros hombres, sino con todas las realidades que le ofrecen posibilidades de juego creador, por ejemplo, un instrumento musical. El pianista es un campo de posibilidades de crear música; el piano es un campo de posibilidades de producir sonidos. La partitura es un campo de posibilidades de configurar formas musicales. Al entreverarse estos tres campos de realidad, tiene lugar un encuentro, y el fruto del mismo es la obra musical. La obra musical, bien entendida, no es un objeto, por excelente que se lo suponga; es el *punto de confluencia* de diversas realidades que se van al encuentro. Esta obra artística es una realidad *relacional*; es fruto de una relación fecunda, creativa. En cuanto tal, es *única en el mundo*¹³.

¹³ «Vuelve de nuevo a ver las rosas —dijo el zorro al principito—. Comprenderás que la tuya es única en el mundo». «El tiempo que perdiste por

Toda realidad que es fruto de un encuentro es única aunque haya millones de realidades semejantes. Un ser humano no es mero *producto* de un proceso de producción. Es *fruto* de un encuentro personal amoroso. Por eso no se reduce a un número de la especie hombre. Tiene nombre propio; es único, incanjeable, insustituible.

No es difícil imaginarse el alto rango que adquieren, vistos de este modo, los seres del universo. Pensemos, por ejemplo, en un trozo de pan. Un trozo de pan es el producto de un proceso de producción. Sin duda. Pero el pan se elabora a base de ciertos frutos de la tierra, entre ellos el trigo. Pongo un sencillo grano de trigo en la palma de mi mano. ¿Hay alguien en el mundo que pueda producir este grano de trigo? En una tarde se pueden producir millones de bolígrafos y miles de coches. Pero un grano de trigo no madura en una tarde. El trigo no se fabrica. El campesino recibe de sus mayores el arte del laboreo de la tierra, y una cantidad de semillas. Deposita éstas confiadamente en la madre tierra, y espera. Espera a que la lluvia empape la tierra y sirva de vehículo a las sustancias nutritivas, y que el sol dore la mies. Cuando se da la confluencia de campesino, semilla y tierra, lluvia y sol, y océano que evapora el agua, y viento que lo arrastra en forma de nube..., un buen día sucede el milagro de que sobre los campos granen las espigas y madure el trigo. Este sencillo grano de trigo es el fruto de una confluencia, que bien podríamos denominar *encuentro*. Y, por serlo, está cargado de *simbolismo*, es decir, remite a las realidades que han entreverado sus posibilidades fecundamente.

Algo análogo puede decirse del vino. Por eso ambos, pan y vino, son tan adecuados para simbolizar la amistad humana en una comida de hermandad. El padre de familia invita a un amigo a comer. Toma el pan, lo parte, lo reparte y comparte. Y escancia el vino en la copa del huésped. *Vino y pan simbolizan perfectamente la amistad compartida porque ellos son ya previamente el fruto de un encuentro.*

tu rosa hace que tu rosa sea tan importante». Cf. A. de Saint-Exupéry: *El principito*, Alianza Editorial, Madrid 1972, p. 86.

Esta manera de ver las realidades como puntos de confluencia de diversos seres amplía y profundiza nuestra concepción de los seres con los que debemos tejer nuestra vida. Asombra pensar en el horizonte de posibilidades que se abren a nuestro poder creador de relaciones valiosas si acertamos a ver cuanto nos rodea en todo lo que implica.

6. *El perfeccionamiento de la vida intelectual.* El encuentro constituye un *campo de juego creador*, y todo campo de juego es según la estética de la creatividad un *campo de iluminación*. La luz que se desprende en los diferentes encuentros que el hombre realiza permite a éste realizar otro cambio decisivo: el de su vida intelectual. El que ansía el encuentro ama y respeta la realidad y, en consecuencia, deja de pensar de modo inadecuado y estudia cada realidad y acontecimiento con los conceptos y términos que le son adecuados.

Una persona que tiene como meta el fundar ámbitos de vida se guarda muy bien de afirmar, por ejemplo, que «la mujer tiene un cuerpo y hay que concederle libertad para disponer de ese cuerpo y de cuanto en él acontezca». Esta frase condensa el decálogo de razones que esgrimió cierto ministro de Justicia para legitimar la introducción de una ley abortista. Olvidó que el cuerpo no es un *objeto* y no puede ser *objeto de posesión* ni de *libre disponibilidad*. El cuerpo no lo posee el hombre, ni el varón ni la mujer. El cuerpo es tan personal como el espíritu. No es, por tanto, susceptible de posesión. La vida naciente, por su parte, es fruto de un encuentro, no mero producto de un proceso de elaboración. Por eso no pueden poseerlo y disponer de ella quienes se encontraron y le dieron origen.

El hombre afanoso de realizar encuentros auténticos afina la vida intelectual y evita con sumo cuidado malentender como *dilemas* ciertos esquemas mentales que no son sino *contrastes*. No pensará nunca que hay que escoger entre los criterios que fraguamos en nuestro *interior* y las normas que nos vienen propuestas *de fuera*. Su propia vida creativa le advierte que un ser humano se hace *autónomo* de verdad cuando es *heterónomo*, es decir, cuando asume normas, criterios de ac-

ción y valores que le vienen sugeridos desde el exterior, y le son en principio distintos y distantes, externos y extraños, pero pueden llegar a serle *íntimos* si los asume activamente como reglas de juego.

El hombre que toma por meta en la vida encontrarse con realidades valiosas rehúye convertir en *ideas motrices* o *ideales* ciertas ideas —por ejemplo, la de cambio— si no cuenta con razones suficientes.

Pensar con rigor y expresarse de forma precisa y adecuada a cada modo de realidad constituye un arte, que debe ser aprendido y ejercitado. Para que este ejercicio y aprendizaje sea posible, se requiere el estar orientado hacia la creatividad, no hacia el dominio. He ahí por qué profunda razón *el conocimiento riguroso y la vida creativa se potencian mutuamente*.

7. *El cultivo de las virtudes*. Una vez cambiado el ideal, se pone en forma la vida intelectual auténtica. Al ponerla, cae uno en la cuenta de que para fundar unidad verdadera hay que ajustarse a las exigencias de las realidades con las que deseamos encontrarnos. Para encontrarme contigo, debo ser veraz, sincero, fiel, sencillo, abierto, magnánimo. Si no soy veraz, indico que no quiero compartir contigo mi intimidad. Tú no confías en mí, te alejas. Este alejamiento hace imposible el encuentro.

Vistas con todo rigor, las diferentes virtudes son poderes o capacidades; son modos distintos de *tener en forma la capacidad de fundar modos valiosos de unidad*. La fidelidad, la veracidad, la paciencia, la imaginación creadora, el orden, la fortaleza, la generosidad, el silencio, la piedad, la magnanimidad... son formas distintas de vivir la *solidaridad en el amor*. Contra lo que se viene afirmando desde hace dos siglos, las virtudes no son actitudes de espíritus pacaos. Son las condiciones básicas de la creatividad humana.

Al cambiar el ideal, cambia nuestro modo de actuar y adquiere una *facilidad especial* para encarnar en cada acción la meta anhelada.

8. *El trueque de sentimientos.* Esta nueva orientación espiritual altera la gama de los sentimientos humanos. Al cambiar el ideal del dominio por el de la unidad, el hombre ve cambiados felizmente sus sentimientos: la exaltación se trueca en exultación, la tristeza en alegría, la angustia en entusiasmo, la desesperación en felicidad, la amargura en júbilo festivo, el desvalimiento en amparo...

La única forma de amparo propio del hombre no la logra éste a través del dominio creciente de cosas y personas, sino mediante la entrega confiada a lo valioso. Hay *confianza* cuando se tiene *fe* en el otro, en su *fidelidad*. El que *confía* en otra persona, le hace *confidencias*, y éstas engendran *intimidad*, encuentro. En el encuentro íntimo las personas se ajustan y potencian porque se descortezan e intercambian su savia íntima, como en un injerto. Superan, con ello, la escisión que media entre el dentro y el fuera, lo mío y lo tuyo cuando se persigue el ideal del dominio y la posesión. Tal superación hace posible una unión relevante que confiere al hombre amparo, el amparo peculiar que otorga la conciencia de sentirse fecundo. Esta forma de amparo, al ir basada en la confianza, implica el riesgo de la traición. Es una ley o constante de la vida humana que a toda forma de creatividad va aneja alguna dosis de riesgo.

Los sentimientos encierran gran importancia por ser detectores de los valores o antivalores que asumimos y de la orientación —positiva o negativa— que sigue nuestra vida. Los sentimientos que suscita el proceso de éxtasis son signo del ascenso del hombre a la fundación de modos elevados de unidad. Nada más importante en la formación humana que fomentar al máximo el sentimiento de entusiasmo por los valores y conceder la debida importancia al júbilo interior que produce el acoger una realidad relevante que nos invita a asumir los grandes valores que encierra.

9. *La promoción de guías o «líderes».* Una de las tareas del nuevo Humanismo y la Nueva Civilización consiste en revalorar la emotividad bien entendida: la serie de sentimientos que suscita nuestro ascenso al pleno desarrollo. Si nos hacemos cargo

de que sentir entusiasmo ante los valores es un gran bien, tenderemos a suscitar dicho sentimiento en los demás. Todo bien es difusivo; tiende a irradiarse y expandirse. Lo bueno, como lo bello y lo verdadero, ansían ser participados. El que ya participa de ellos se esfuerza en adquirir las habilidades necesarias para su transmisión fiel y sugerente. *Se convierte en guía.*

Para ser guías eficaces debemos pensar a fondo, a fin de penetrar en la quintaesencia de los *acontecimientos humanos* y descubrir los *vínculos* que se dan entre ellos. Estos vínculos dan lugar a *procesos espirituales*. El que conoce de cerca la marcha de los procesos *sabe prever*. El que ve de antemano sobrevuela los sucesos y da *pautas certeras de orientación*.

Esto es lo que se necesita hoy ante todo: *capacidad de ofrecer claves de interpretación luminosas*. Los niños y jóvenes de las nuevas generaciones no son sensibles al argumento de autoridad. Desean autonomía, capacidad de actuar por criterios propios, modelar su vida desde su propia interioridad. El educador debe fomentar esta tendencia y orientarla de tal modo que dé lugar a conductas *recias*, no obstinadas, a modos de actuar *decididos*, no arbitrarios. Para ello, la interioridad no ha de entenderse como reclusión egoísta; y la autonomía deberá interpretarse como responsabilidad. *Ser responsable* significa ante todo estar en disposición de responder positivamente a la apelación de los grandes valores y hacerse cargo del resultado de tal respuesta.

Si las gentes del pueblo disponen de claves de interpretación de los grandes temas de la vida y tienen poder de discernimiento, constituyen una *élite*, no una *masa*, y, como tal, son difícilmente manipulables.

TAREA ACTUAL DEL INTELLECTUAL CATOLICO

En esta época de turbulencia y desconcierto intelectual, el intelectual católico sólo puede realizar una labor eficaz si posee una formación sólida que le permita abordar los problemas *ra-*

dicalmente y ofrecer claves *certeras* de interpretación de los mismos. Si los niños configuran su estilo de pensar y valorar conforme al viejo ideal de la Edad Moderna, no será posible, cuando lleguen a la adolescencia, descubrirles la excelencia de la ética de la unidad y la solidaridad. El lenguaje de ésta les parecerá irreal, utópico, poco asentado en la tierra.

La transmisión de dichas claves puede realizarse de formas muy distintas: de forma sistemática y precisa en una clase, de forma escueta y rápida en una conversación, de modo implícito pero eficiente en un debate, un artículo, un libro, una entrevista... Condición indispensable para ello es poseer el arte de ir a lo esencial y expresarlo certeramente. Ambas habilidades exigen todo un aprendizaje.

Esta puesta en forma se ha descuidado casi por completo. En los centros académicos no se ha juzgado necesario dedicar tiempo y esfuerzo al cultivo del rigor en el pensar. Se imparten conocimientos de forma más o menos lograda, y se obliga a asimilarlos en cierto grado, pero apenas se enseña a utilizar el lenguaje con la debida precisión, montar un razonamiento de forma lógica, sin saltos en el vacío, sacar las conclusiones pertinentes, evitar extrapolaciones de un plano de realidad a otro, etc.

Al carecer de rigor en el pensar, se corre peligro de hablar de los temás más profundos *de modo superficial*. Y en el plano superficial surgen mil malentendidos que hacen imposible la comprensión de tales cuestiones. Así, por ejemplo, el que toma el esquema «autonomía-heteronomía» como un *dilema* anula de raíz toda posibilidad de comprender lo que es la creatividad humana.

No olvidemos nunca que lo verdaderamente valioso se defiende por sí mismo con sólo mostrarlo. La tarea del buen intelectual consiste en situar a las gentes en la *perspectiva adecuada para percibirlo*. Descubrir tal perspectiva exige mucho rigor en el pensar. Actualmente se publican numerosos libros sobre moral, valores, creatividad... A menudo están bien concebidos y bien

escritos, pero con frecuencia resultan poco eficaces en orden a entusiasmar a las gentes con los grandes valores que debe el hombre realizar en su existencia. Ello se debe a que les falta *radicalidad en los planteamientos*.

Esta capacidad de tomar cada cuestión *en su raíz* requiere un tiempo del que no disponen la mayoría de los adultos: profesores, padres, sacerdotes, educadores en general. De ahí la urgencia de que haya equipos de investigación que les faciliten esa labor. De ordinario los investigadores en cuestiones humanísticas han celebrado entre ellos el gran banquete del saber, y se han limitado a facilitar al pueblo algunas migajas del mismo. Es hora de que se decidan a transmitir al pueblo lo más valioso de su trabajo, conforme al lema «lo mejor, para el mayor número».

Si me preguntan qué debe hacer un intelectual católico para ayudar a la sociedad actual a conseguir cotas más altas de civismo, de realización ética y desarrollo personal, y evitar así la caída en la corrupción, el alcoholismo, la droga, el juego de azar..., no dudaré en afirmar que *hay que tomar las aguas muy arriba*. No basta delatar los rasgos degenerativos, criticar a los responsables, lamentarse. Hay que poner en marcha todo un proceso de formación muy seria, que nos descubra a todos cómo es nuestra realidad de hombres, qué exigencias plantea su desarrollo cabal, qué actitudes nos llevan al logro de nuestra personalidad y qué otras nos condenan al fracaso.

La corrupción que tanto se lamenta hoy día responde, en el fondo, a un error de base: el de confundir la *exaltación* de las experiencias de vértigo con el *entusiasmo* de las experiencias de éxtasis. Hazle ver a los niños y jóvenes que las experiencias de vértigo exaltan, embriagan, pero no producen alegría, ni entusiasmo, ni felicidad, y los librarás de mil malentendidos y falsas ilusiones. Entusiásmalos con los grandes valores, que exigen la puesta en juego esforzada de la creatividad, y sabrán distinguir entre *vivir ilusionados* y *ser unos ilusos*.

Y no me digas que el pueblo llano es incapaz de este género de formación y discernimiento. Toda persona medianamente

dotada es capaz de comprender las leyes de la vida personal si alguien sabe exponérselas de forma persuasiva. Enséñales a unos jóvenes las fases del proceso de vértigo y hazles ver cómo la entrega a un vértigo provoca la caída en otros vértigos, y advertirás que ellos mismos se percatan rápidamente de que no tiene sentido proclamar que se está contra la droga, que es un *vértigo*, al tiempo que se incentivan otros vértigos y la causa de los mismos que es el *hedonismo*.

Para conseguir el arte de penetrar en el trasfondo de la vida humana y expresarlo de forma persuasiva debe el intelectual católico buscar la verdad con libertad interior, sin miedo a ser tachado de retrógrado o no-progresista; devolver al lenguaje su auténtico valor, deformado a menudo por los profesionales de la manipulación; poner la vida a una sola carta: enriquecer la vida humana, no empobrecerla bajo ningún pretexto.

La meta de todo intelectual católico debe ser convertirse en un *especialista de la vida en el espíritu* y perfeccionar cada vez más su capacidad de adentrar a las gentes en el área de irradiación de los grandes valores. Su esfuerzo ha de dirigirse a cubrir una de las grandes lagunas que se observan en la sociedad actual: el desconocimiento a fondo de lo que es e implica la vida personal, que es vida creadora en muy diversos órdenes.

Ayudar a las gentes a conseguir dicha meta es el cometido de la *Escuela de pensamiento y creatividad* (o *Proyecto Líderes*) que vengo promoviendo desde hace unos años ¹⁴.

¹⁴ Los primeros materiales de esta Escuela son: *Proyecto Líderes* (dos libros: *El secuestro del lenguaje*; *Vértigo y éxtasis* y cuatro cassettes); *El amor humano. Su sentido y su alcance* (doce cassettes y un libro guía). Se hallan en preparación varios cursos en vídeo y audio. El primero de ellos abarcará dos grandes temas: *El arte de pensar con rigor* y *La defensa de la libertad frente a la manipulación*.